

algar

COLECCIÓN  
CALCETÍN

# Las aventuras de Tachín

Lucía  
Baquedano

Dibujos de  
Jacobó  
Fernández





## ¿Una bruja en el colegio?

Luis Ángel aseguró que la había visto, pero nadie lo creyó. Julen y Valentín dijeron que las brujas no existen, y que, como no existen, era imposible que hubiera una en el colegio. Así que Luis Ángel se enfadó y los tres empezaron a pegarse, hasta que pasó el profesor de inglés y los separó.

Hacía unos cuantos días que Manuel había hablado de ella. Su padre, que había ido

al mismo colegio cuando era niño, le contó que entonces se decía que había una bruja en la buhardilla. Hacía más de cien años que alguien cerró con llave la habitación más alta, sin darse cuenta de que ella estaba dentro, así que se quedó sin poder salir. Pero al padre de Manuel aquello le parecía imposible. Si hubiera una bruja en el colegio, alguien la habría visto, ¿no?

Pero al día siguiente Miguel los dejó a todos con la boca abierta al decirles que también su padre era antiguo alumno y, aunque nunca la vio, oyó a sus compañeros hablar de ella. Estaban tan convencidos de su existencia que un día decidieron subir a lo más alto para ver si era verdad lo de la puerta cerrada. Pasaron mucho miedo porque la buhardilla estaba oscura y llena de telarañas, y allá, al fondo, había una puerta cerrada que, por más

esfuerzos que hicieron, no fueron capaces de abrir.

–Mi padre la vio, ¿eh? Mi padre la vio. Una puerta cerrada en la buhardilla –dijo Miguel. Y todos contuvieron la respiración porque estaban muy emocionados.

–¿Y qué que haya una puerta cerrada? Eso no quiere decir que viva una bruja dentro –se burló Javi, que, como era muy envidioso, no quería que Miguel fuera más importante que él.

–Bueno... pero ¿por qué está siempre cerrada? –preguntó Tachín.

Algunos empezaron a decir que a lo mejor no siempre estaba cerrada. Tal vez alguien la abrió después de que el padre de Miguel y sus amigos lo intentaran y la bruja se escapó. Así que Julen y Valentín volvieron a burlarse de ellos por creer la historia de la

puerta cerrada y la bruja, ya que, además de que las brujas no existen, nadie puede vivir más de cien años. Pero se quedaron con un palmo de narices cuando Fátima les dijo que su bisabuela tenía ciento tres. Y contó que cuando cumplió cien se presentó el alcalde en su casa para felicitarla y llevarle un ramo de flores.

Y fue justo entonces cuando Luis Ángel gritó tan fuerte que hasta las Chulicas, que nunca hacían caso a lo que decían los demás, se acercaron.

—¡Aaayyy! ¡Estaba allí, asomada a la ventana más alta! ¡Y me ha mirado!

Todos levantaron la cabeza, pero no vieron nada.

—Ahí no hay nadie. Además la bruja no ha podido asomarse porque la ventana está cerrada —dijo Miguel. Y los demás asintieron.



—La habrá cerrado cuando se ha dado cuenta de que la he visto. Seguro que prefiere que nadie se entere de que está encerrada en la buhardilla.

—Las brujas no existen —volvió a decir Julien, y Valentín le dio la razón.

—Pues esta sí, porque yo la he visto y tenía un vestido negro.

—¿Y también un gorro de esos de punta? —preguntó Carlota.

—¿Y un gato negro en el hombro? Todas las brujas tienen uno —dijo Teresa.

Pero Luis Ángel no lo sabía. No se había fijado en si llevaba algo en la cabeza o un gato en el hombro. Estaba demasiado asustado para fijarse en tonterías. Los que no lo creían se burlaron de él, y otros se fueron apartando del grupo porque empezaban a sentir miedo, ya que, existieran o no las brujas, el hecho de

que hubiera una en el colegio no les hacía ni pizca de gracia.

Así que junto a Luis Ángel solo se quedaron Tachín, Víctor, Carlota, Miguel y Manuel, que, aunque también tenían miedo, lo disimularon y miraron a su compañero con admiración porque no creían que en todo el colegio hubiera otro chico que hubiera visto una bruja.

—A lo mejor es verdad que la has visto, pero también podía ser una sombra o el sol dando en los cristales. A veces pasan cosas así. Pero podíamos asegurarnos subiendo a la buhardilla para ver si es verdad lo de la puerta cerrada —dijo Tachín.

Los demás empezaron a temblar. Ninguno tenía ganas de ver aquella terrible puerta.

—Ni siquiera sabemos por dónde se sube... —dijo Víctor.

—Si nos pilla Lázaro... —añadió Carlota.



A Tachín le pareció que no tenía por qué pillarlos si subían a una hora adecuada. Por ejemplo, a la de comer, cuando Lázaro, el conserje, estuviera en su casa.

–¡Pero Lázaro vive en el colegio! –gritó Miguel. Y todos asintieron.

Sí. El terrible conserje vivía en el colegio, en el piso de arriba, precisamente por donde ellos tenían que pasar.

–Esperaremos a la hora en que se va el autobús. Siempre baja al patio para vigilar a los pequeños cuando salen –dijo Tachín. Se sentía cada vez más valiente al ver los ojos de sus amigos fijos en él.

–Si no os atrevéis, yo sí –les dijo.

Y todos decidieron atreverse porque no querían parecer cobardes.

Así que estuvieron atentos al autobús de los pequeños para emprender su aventura.